

MAHFUD MASSIS

Efigie de una mujer excepcional

Escritas sobre grandes guirnaldas de aluminio, mientras volaba sobre el Continente, recibimos, hace años, ciertas cartas de Winett. Su tono familiar, exacerbando el colorido esencial de su índole, sumérgiase en las tierras del Gran Almirante, de cuyo centro una cabeza de ópalo impartía los principios de una expresión hecha a relámpagos, a piedra, a mineral sombrío.

Eran pulpa, sangre y material de arquitectura, verbo, aguardando la libertad y el orden, la mano de fiera seda, buscando el borde de los abismos y los acantilados.

Lenguaje de agrias hechuras, pero dulce; lengua de hoy, pero de un ayer evocador y adolescente; lengua donde los viejos ramajes sumergidos en las urnas de antaño, florecerán más tarde como la flor del carbón, con ala roja, pero inmóvil, cuando, entre cortinajes escarlatas, asome la diestra del artesano prodigioso, y los dedos comiencen a repujar la vieja y dura plata; y el herrero clave sus clavos de oro en la herradura marcial de la cabalgadura misteriosa, sobre cuya montura vuelan, aferrados, hombres de rostro desconocido; y el ebanista ascienda con la cabeza oscurecida por arcanas mixturas; y el escultor, y el mago, y el extraordinario vesánico, negro y frío, que duermen, todos juntos, en el grande artista, y que en Winett se unen a un lejano sentimiento de señorío, vivo en el subconsciente de esta mujer de organización patricia.

Dejemos en la penumbra —toda gestación tiene su noche— la metamorfosis de aquella marea alu-

cinante. Desde los subterráneos y oscuros fosos, desde el corazón de las sombras, desde el ocaso mismo de la vida, el poema irrumpe, se levanta, se extiende, y «El Valle Pierde su Atmósfera».

Poema de largura y de profundidad, biselado, puro e impuro, humano, sobrehumano, helado de superficie, pero de lecho hirviente; aroma y veneno, cántico, responso, ¡América!. Angel de verde cornamenta, nueva Cipango coronada de joyas, mendicante. ¡Cuán difícil entrar en los flancos sanguíneos de este friso verbal, condicionado por ímpetus heterogéneos, herido de sensibilidad resonante e impulsado por una afectividad fina, demasiado invisible al consenso de una crítica estética distraída y de dolosa erudición!

Nosotros percibimos el ruido de sus cadenas, sonando con el ritmo sombrío de los esclavos, o el galope del bagual sobre la inmensa llanura; los encendidos cocodrilos místicos, con sus cuerpos labrados a orillas de los ríos; y sobre un prisma de ajenjo y joyería, un animal sagrado, bárbaro, ornamental, de cuya garganta surge un himno yodado, sacudiendo su cola sobre los abismos.

Es el emblema del CANTO NUEVO, trabajando con la técnica de Tubal, el forjador de espadas.

Es la voz de Eva, acuchillada, en el herraje social de los desamparados y oprimidos.

Voz de derrota y de victoria, sol y pantano sobre la tierra.

Y desde ella misma, desde abajo del alma, se desplazan, como hecho de fondo, los materiales de oposición que integran su textura humana, desarrollándose, en una dualidad encadenada, hacia una periferia trágica, donde hasta la pasión sostiene su dibujo delicado, bajo el conjunto de una femineidad trascendental y eterna.

Digámoslo: ninguna mujer, en lo alto y en lo ancho de la poesía contemporánea, combina tan vívido, tenso y multicolor registro, donde lo angular y lo evanescente, lo polvoroso y marmóreo,

embellecidos de unidad, ascienden libremente hacia lo absoluto.

Y, por encima de todo, una suerte de lenguaje de antigua heráldica, un conocimiento esencial del pasado, como extraña sabiduría crepuscular, oscila entre el lujo y el polvo, atados a las primeras instancias de la memoria, pero imantados, abstraídos, estilizados, en una especie de resurrección, que extiende sus antenas de oro hacia los sumergidos signos del futuro...
